HARLEQUIN

Deseo™



Noches ardientes

BRENDA JACKSON



Noches ardientes

BRENDA JACKSON



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2010 Brenda Streater Jackson. Todos los derechos reservados.
NOCHES ARDIENTES, N.º 1732 - julio 2010
Título original: Hot Westmoreland Nights
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8831-8
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

Chloe Burton se acercó al cristal para ver mejor al hombre que cruzaba la calle y su corazón se aceleró. Nunca había visto a un hombre tan atractivo.

Continuó mirándolo mientras se detenía a hablar con otro hombre delante de una tienda de pienso. Era alto, de cabello oscuro y sexy desde el sombrero Stetson hasta las gastadas botas camperas. Por cómo se le ajustaban los pantalones a las caderas, debía tener unas piernas poderosas y unas nalgas firmes, además de anchos hombros y marcados abdominales. En definitiva, tenía todas las características que separaban a un niño de un hombre de verdad.

Cuando se echó el sombrero hacia atrás, Chloe vio que tenía la piel tostada y los ojos tan oscuros como el cabello, además de una boca de labios voluptuosos que le hicieron humedecerse los suyos.

Bastaba mirarlo para que una mujer se sintiera excitada. Incluso desde aquella distancia, ella misma sentía calor y un hormigueo interno, algo que no le había pasado en sus veintiocho años de vida.

De hecho, en el último año no había salido con

nadie, en parte porque su relación con Daren Fullbright le había resultado insatisfactoria, una total pérdida de tiempo de un año que la había dejado sin ganas de meterse en otra.

Sus amigos creían que no le interesaba el amor y quizá tuvieran razón, pues prefería meterse en la cama con un buen libro que con un miembro del sexo opuesto.

Y de pronto, un completo desconocido le hacía la boca agua. Especialmente en aquel instante cuando, plantado con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos, sonrió y se le formaron dos irresistibles hoyuelos en las mejillas.

–¿Qué estás mirando, Chloe?

Chloe se sobresaltó. Casi había olvidado que estaba acompañada. Miró a su amiga de la infancia, Lucia Conyers, que se sentaba al otro lado de la mesa.

–Mira a ese hombre de la camisa azul, Lucia, y dime qué ves. ¿No te parece perfecto para el primer número en Denver de *Irresistible*? –preguntó con una excesiva animación que habría preferido disimular.

Era la dueña de la revista *Irresistible*, dedicada a la mujer moderna. Había comenzado como una publicación regional pero durante los últimos años se había expandido a nivel nacional. El número más importante del año era el *Hombre Irresistible*, en el que se incluía un artículo en profundidad sobre un hombre que la revista consideraba digno de ser califica-

do de «irresistible». Con la ampliación de la revista, Chloe había convencido a su amiga Lucia de que dirigiera la edición de Denver.

Al no recibir respuesta de Lucia, Chloe sonrió.

–¿Qué me dices?

Lucia la miró.

–Ya que lo preguntas te diré lo que veo: a Ramsey Westmoreland, uno de los muchos Westmoreland. Y la respuesta a si sería el candidato ideal es que sí, pero sé que no lo hará.

Chloe arqueó una ceja.

–Eso quiere decir que lo conoces.

Lucía sonrió.

–Sí, pero no tan bien como a alguno de los Westmoreland más jóvenes. Fui al colegio con sus hermanos y sus primos. Muchos de ellos son tan guapos como él, y puede que sean más fáciles de convencer. Olvida a Ramsey.

Chloe miró por la ventana convencida de dos cosas: la primera, que no lo olvidaría; y la segunda, que a Lucia le gustaba alguno de los Westmoreland más jóvenes.

–Pero es a él a quien quiero, Lucia –dijo con determinación–. Y ya que lo conoces, pregúntaselo. Evidentemente, le pagaremos por su tiempo.

Lucia rió.

–Ése no es el problema, Clo. Ramsey es uno de los ganaderos más ricos de Colorado, pero todos sabemos que es muy celoso de su intimidad. Te aseguro que no lo hará.

Chloe quiso pensar que su amiga se equivocaba.

–Aun así, pregúntaselo.

Volvió a mirar por la ventana y sonrió. Era el hombre perfecto y lo quería para su revista.

–No sé si me gusta la expresión de tu cara, Chloe, la he visto antes y sé lo que significa.

Chloe no podía evitar sonreír, y si alguien tenía la culpa era su padre, el senador Jamison Burton, de Florida, que la había criado tras la muerte de su madre de cáncer cervical cuando ella tenía dos años. Su padre era el hombre al que más admiraba y quien le había enseñado que cuando se deseaba algo verdaderamente, había que hacer lo posible para conseguirlo.

Siguió mirando por la ventana mientras la conversación entre Ramsey Westmoreland y el otro hombre concluía y aquél entraba en la tienda, caminando de una forma que la dejó sin aliento.

No cabía duda: volvería a verlo de nuevo.

Capítulo Uno

–No entiendo por qué no vas a posar para esa revista, Ram.

Ramsey, que estaba moviendo un fardo de paja al corral de las parideras, no se molestó en mirar a su hermana pequeña, Bailey, que siempre se entrometía en cualquier cosa que afectara a alguno de sus cinco hermanos.

–Ramsey, no pienso moverme hasta que me digas algo.

Ramsey sonrió porque sabía que si le ordenaba que se fuera, lo haría. Aunque ocasionalmente demostraba su carácter retador, sabía a qué atenerse cuando él le marcaba los límites, a pesar de que durante unos años ella y su primo Bane se habían empeñado en ponerle a prueba, como si creyeran que meterse en líos formaba parte de la esencia de la vida.

Desde entonces y tras terminar sus estudios de secundaria, Bailey había empezado una carrera universitaria, y Bane había sorprendido a todo el mundo al tomar la decisión, hacía un mes, de entrar en el ejército. De hecho, la vida de los Westmoreland llevaba tiempo dominada por una total calma; tan-

to, que el propio Ramsey, aunque no lo hubiera admitido jamás, la encontraba un tanto aburrida.

–No tengo nada que decir –decidió responder–. Simplemente, he rechazado la oferta.

–¿Eso es todo?

–Eso es todo –Ramsey supuso que Bailey le estaría dirigiendo una mirada incendiaria.

–¿Por qué? ¿No has pensado en la publicidad?

Ramsey decidió mirarla con una expresión que habría hecho retroceder a cualquiera menos a su hermana de veintiún años.

De sus tres hermanas, Megan, de veinte cinco años y Gemma, de veintitrés, Bailey era la más testaruda y la única que pondría a prueba al mismísimo Job.

–No quiero publicidad, Bailey. Ya tuvimos bastante con la que Bane, tú y los gemelos nos proporcionasteis

Bailey ni se inmutó.

–Eso fue en el pasado. Estamos hablando del presente, y la publicidad no nos iría mal.

Ramsey estuvo a punto de reír.

–¿Quién la necesita?

Tenía demasiado trabajo como para perder el tiempo charlando de naderías. Nellie, que había cocinado para él y para sus hombres los últimos dos años, había tenido que ausentarse el día anterior al recibir la noticia de que su única hermana, que vivía en Kansas, había sido operada de apendicitis de urgencia. Pasarían al menos dos semanas antes

de que volviera, así que en plena época de esquila y con más de veinte hombres a los que alimentar, Ramsey necesitaba una cocinera desesperadamente. El día anterior había llamado a la agencia de empleo, le habían dicho que tenían a la persona perfecta y que se presentaría a la mañana siguiente.

–Sería buena publicidad para ti y para el rancho, para que todo el mundo sepa el gran ganadero que eres.

Ramsey sacudió la cabeza. Nunca le había interesado tener una proyección pública. Se sentía muy unido a su familia, pero respecto al mundo exterior prefería permanecer aislado. Todos los que le conocían sabían que era muy celoso de su vida privada. También Bailey, y por eso no comprendía por qué se molestaba en insistir.

–El rancho no necesita ese tipo de publicidad. Me han pedido que pose para una revista de chicas –Ramsey nunca había leído *Irresistible*, pero podía imaginarse el tipo de artículos que incluía.

–Debías sentirte halagado, Ram.

Ramsey puso los ojos en blanco.

–Como quieras –miró el reloj por dos motivos: era lunes y Bailey tenía clase en la universidad, y su nueva cocinera llegaba diez minutos tarde.

–Me gustaría que te lo pensaras.

–No –dijo Ramsey con firmeza–. ¿No deberías estar en clase? –salió del establo y fue hacia la casa que había terminado de construir el año anterior.

Bailey lo siguió pisándole los talones y Ramsey

recordó cómo, cuando tenía siete años, acostumbraba a hacer lo mismo. Acababan de perder a sus padres y a sus tíos en un accidente de avión y Bailey no soportaba perderlo de vista. Aquel recuerdo le hizo esbozar una sonrisa.

–Sí, tengo clase, pero antes quería hablar contigo –dijo Bailey a su espalda.

Ramsey se volvió con las manos en los bolsillos.

–Vale, lo has intentado y has fracasado. Adiós, Bailey.

La vio poner los brazos en jarras y alzar la barbilla. Ramsey conocía bien la cabezonería Westmoreland, pero como era lógico, sabía cómo lidiar con ella.

–Creo que te equivocas. Yo estoy suscrita a esa revista y te sorprenderías –explicó–. No es una revista de chicas, sino que incluye buenos artículos, algunos sobre salud. Una vez al año, eligen a un hombre para la portada, el hombre que representa la fantasía amorosa de toda mujer.

¿La fantasía amorosa de toda mujer? La idea hizo reír a Ramsey, que no se consideraba más que un rudo ganadero de Colorado, tan ocupado que ni siquiera recordaba la última vez que había intimado con una mujer. Su vida consistía en trabajar desde el amanecer hasta el anochecer los siete días de la semana.

–Si me equivoco, será culpa mía, enana, pero sobreviviré a mi error, y tú también. Ahora, lárgate.

Media hora más tarde, estaba solo en la cocina,

apagando el teléfono tras hablar con Colin Lawrence, uno de los esquiladores. A causa de una tormenta de nieve que había tenido lugar varias semanas atrás la temporada se había retrasado, y debían concluirla en dos semanas para llegar a tiempo a la temporada de cría de corderos. A partir de aquel mismo día, los trabajos tendrían que acelerarse para cumplir el calendario.

Colin había llamado para decirle que dos ovejas preñadas se habían escapado del corral de esquila y vagaban por el campo, y que los perros estaban teniendo dificultades para devolverlas al redil. Ramsey no podía permitir que la esquila se retrasara, así que tendría que acudir con la mayor prontitud posible al establo de la zona norte.

Fue hacia la puerta al oír aproximarse un coche. Miró el reloj. Ya era hora de que la cocinera llegara. Se había retrasado más de una hora, y tendría que explicarle que ése era un comportamiento inaceptable.

Chloe detuvo el coche ante un rancho de dos pisos y suspiró. No estaba dispuesta a aceptar el «no» que Ramsey Westmoreland le había dado por respuesta a Lucia. Ésa era la razón de que hubiera cancelado sus merecidas vacaciones en las Bahamas para convencerlo en persona.

Siguiendo el GPS cada vez más lejos de Denver y adentrándose en lo que los residentes locales lla-

maban Territorio Westmoreland, no había dejado de preguntarse por qué alguien querría vivir tan lejos de la civilización, algo que para ella era un misterio insondable.

Al mirar por la ventanilla, pensó en el hombre que ocupaba su mente desde hacía dos semanas y al que estaba decidida a convencer para que ocupara la portada de su revista. Si había un hombre irresistible, era él.

Tras abandonar la carretera principal, había encontrado una gran señal de madera que anunciaba *Rancho Shady Tree*, y debajo: *Territorio Westmoreland*. Lucia le había dicho que cada uno de los quince Westmoreland poseía una propiedad de cien acres en la que habían construido su residencia. La casa principal ocupaba un terreno de trescientos acres.

Durante el recorrido, había ido encontrando distintas señales que indicaban a cuál de los miembros de la familia pertenecía el correspondiente rancho: Jason, Zane, Derringer…, hasta que finalmente, había llegado al de Ramsey.

Chloe había hecho todas las averiguaciones precisas sobre Ramsey Westmoreland. Tenía treinta y seis años, se había graduado en economía agraria y se dedicaba a la cría de ganado ovino desde hacía cinco años. Con anterioridad, él y su primo Dillon, que era siete meses mayor que él, habían dirigido una constructora multimillonaria, Blue Ridge, que habían heredado de sus padres. Tras asegurarse de que la compañía funcionaba sin problemas, Ramsey le había

cedido la gestión a Dillon para dedicarse a lo que siempre había querido ser: ranchero.

También supo que sus padres y sus tíos habían muerto en un accidente cuando Ramsey estaba en el último año de universidad, y que los últimos quince años él y Dillon habían cuidado de sus hermanos pequeños. Dillon se había casado hacía tres meses, y él y su mujer, Pamela, repartían su tiempo entre el rancho y la ciudad de Wyoming.

En conjunto, Ramsey Westmoreland era el tipo de hombre que cualquier mujer querría llegar a conocer y por tanto, perfecto para su revista.

Aunque no podía evitar sentir mariposas en el estómago al pensar que iba a volver a verlo, estaba decidida a actuar como la profesional que era, y explicarle que la lana que sus ovejas producían terminaba convertida en las prendas que las mujeres compraban, por lo que explicar ese proceso sería de gran interés para sus lectoras.

Respiró profundamente y abrió la puerta del coche al mismo tiempo que el hombre que la atormentaba hacía días salía de la casa con gesto huraño.

–¡Llega tarde! –dijo con severidad.

Ramsey intentó no quedarse mirándola, pero no pudo evitarlo. ¿Aquélla iba a ser su cocinera? Con el cabello negro ondulado y unos ojos de mirada seductora, parecía una modelo, y Ramsey se sintió sexualmente vivo por primera vez en mucho tiempo.

El despertar de su libido era lo último que necesitaba cuando debía concentrar toda su energía en